

CARTA DEL EDITOR

CUIDADO CON LOS PRECIOS

Si hace unos días el propio Manolo Valdés aseguraba que pagar 223.000 euros por una obra suya era un disparate, cabría pensar cómo podría calificarse la compra de un Klimt en ciento siete millones de euros. La afirmación de Valdés, uno de los más grandes artistas españoles universales, no sólo es cierta sino que, incluso, hay que cuestionarla si se compara con las cifras alcanzadas por otros pintores de muy inferior calidad al genial valenciano.

El problema radica en la falta de organización y control de un mercado que crece desordenadamente y se apoya más en el coge el dinero y corre que en criterios de racionalidad y buen gobierno. No es normal que un cuadro, por muy representativo que sea, tenga un valor superior a multitud de empresas que dan trabajo a cientos de personas, y que aportan valor a la economía nacional.

Con el mercado del arte está ocurriendo como con el inmobiliario, donde los precios no parecen tener límite en su escalada alcista. En el ladrillo el parón es evidente y será muy difícil volver a recuperar situaciones anteriores. Todo ello sin olvidar que un factor determinante en la especulación inmobiliaria es la liquidez, que en el mercado del arte brilla por su ausencia.

Se dirá con fundamento que el arte, como todo, tiene el valor que alguien esté dispuesto a pagar por él. Pero no es menos cierto que por sus especiales características, y salvo en el caso de coleccionistas e inversores profesionales, buena parte de los compradores responden a impulsos de moda o de capricho por los que pagan cantidades que no siempre se corresponden ni con la calidad de la obra ni con la importancia del autor.

Si a eso le sumamos las dificultades habituales para una posterior transacción en caso de necesidad económica o simplemente de cambio de gusto, el mercado dictará su ley y nos encontraremos con serias dificultades para la recuperación del dinero pagado. Ésa es la razón de que muchos compradores ocasionales no hayan vuelto a repetir la experiencia.

Se impone, pues, racionalizar los precios, definir perfectamente el marco legal y económico, y denunciar situaciones de abuso que tanto perjudican al colectivo. Parece evidente que las situaciones insostenibles son habitualmente las que más se sostienen, pero no es menos cierto que las cuerdas no se pueden tensar continuamente sin que, al final, se rompan.



Buena parte de los compradores responden a impulsos de moda por los que pagan cantidades que no siempre se corresponden ni con la calidad de la obra ni con la importancia del autor

Y si hay un mes en el que las oportunidades de compra son más evidentes es éste de julio, cuando las casas de subastas hacen borrón y cuenta nueva y sacan a pujas un conjunto de piezas, tradicionalmente de menor factura, pero en las que con buen ojo se pueden encontrar cosas interesantes a muy buen precio.

Hay, pues, que aprovechar las escasas oportunidades que brinda el mercado.